

Miguel A. Extremera Extremera
«Y ASÍ NO USAN LOS LIBROS SINO LOS MANUSCRITOS».
LA PROBLEMÁTICA DE LA CULTURA IMPRESA
EN EL IMPERIO OTOMANO (SIGLOS XV-XIX)*

1. El protagonismo de la cultura manuscrita

Algunos autores españoles entre los siglos XVI-XVIII manifestaron en sus obras el poco interés que, a su juicio, la sociedad otomana mostraba por el saber. Así, a mediados del Quinientos, y según el autor del *Viaje de Turquía*, los médicos de Estambul, ya fuesen turcos o griegos, no usaban libros ni eran letrados¹. Ya en el XVII, el mismo Quevedo, que pudo tener un conocimiento relativamente fidedigno de la sociedad otomana debido a los años de su estancia en Sicilia y Nápoles, en donde fue amigo y consejero político del duque de Osuna², en su obra *La hora de todos* habla de la ignorancia en la que mantenía a los súbditos el Gran Turco³, e incluso uno de los personajes que aparece en dicha obra, el renegado Sinán, rechaza abiertamente el estudio y el saber, condena la imprenta y ensalza el arte de la guerra⁴. Y esta situación pareció no haber cambiado mucho a finales del siglo XVIII, cuando, en la expedición española que en 1788 acompañó al embajador turco de vuelta a Estambul, Federico Gravina señaló que los turcos «generalmente son ignorantes, reduciéndose su educación a aprender a escribir, a leer, y el Corán, montar a caballo, y el que más, tiene unos cortos principios de aritmética»⁵.

Sin embargo, estos comentarios nada positivos contrastan con las numerosas personalidades que tuvieron una importante presencia en la cultura otomana, haciendo de la misma una cultura refinada y muy sofisticada; por citar tan sólo algunos, mencionemos entre muchos otros los nombres del arquitecto Mimar Sinan, el astrónomo Takiyyüddin Mehmed, los poetas Fuzuli, Baki y Nabi, el polifacético autor Mustafa

* Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación HAR2009-07267, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología y dirigido por el Dr. Enrique Soria Mesa.

¹ *Viaje de Turquía*, edición preparada por Enrique Suárez Figaredo, Barcelona, 2006 (siguiendo la ed. facsimil de Antonio G. Solalinde, Madrid, 1919), p. 67.

² J. Riandière La Roche, *Quevedo y el Gran Señor de los Turcos: ¿exotismo o historia?*, «Críticón», 18 (1982), p. 33; además de este conocimiento de primera mano, habría leído las numerosas relaciones de sucesos referentes a la Sublime Puerta; sobre el particular, cfr. A. M. Carabias Torres, *La producción editorial sobre el Imperio Otomano y los turcos en España (1470-1850). Una investigación in fieri*, «Tiempos Modernos», 20 (2010/1). Según Albert Mas, Quevedo es uno de los pocos escritores españoles que dan a la capital otomana su auténtico nombre turco de Estambul (cfr. A. Mas, *Les Turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, París, 1967, tomo II, pp. 159-160 y p. 424).

³ «Viendo la ceguedad de aquella engañada nación, y que amaban la barbaridad y ponían su conservación en la tiranía y en la ignorancia, aborreciendo la gloria de las letras y la justicia de las leyes» (F. de Quevedo, *La hora de todos*, ed. Castalia, Madrid, 1975, p. 171).

⁴ Ivi, p. 166.

⁵ F. Gravina, *Descripción de Constantinopla*, Madrid, 2001, p. 175.

Ali, el cronista y viajero Evliya Çelebi, el geógrafo y erudito Katip Çelebi, el historiador Naima, o el impresor y escritor Müteferrika, del que nos ocuparemos más adelante⁶.

Por tanto, no era una cultura iletrada o pseudo-bárbara, como parece desprenderse de las opiniones anteriormente citadas. Dichas opiniones despectivas, sin duda que estaban relacionadas con el hecho de que los otomanos no usaban la imprenta ni tenían libros impresos, como sabemos por varios testimonios de la época, entre otros el del sacerdote italiano Otavio Sapiencia. Cautivo durante varios años en Estambul, Sapiencia conseguiría, gracias al embajador de Francia, huir en 1615 hacia Sicilia para después recalar en Madrid, en donde publicaría en 1622 sus recuerdos de cautivo con el título *Nuevo tratado de Turquía*. En dicha obra, Sapiencia señala precisamente eso, el hecho de que, a pesar de los intentos llevados a cabo por parte de algunos europeos asentados en la capital otomana – algo que analizaremos con más detalle posteriormente –, la Sublime Puerta rechazó las propuestas para establecer una imprenta y prefirió continuar manteniendo a los numerosos copistas de libros que existían por doquier, priorizando así la cultura manuscrita de forma permanente y con un carácter de exclusividad⁷.

En efecto, por oposición a la cultura de las naciones europeas de la época, en donde se combinaron y se dieron conjuntamente ambas prácticas, la pervivencia del manuscrito con la revolución que supuso a todos los niveles la introducción de la imprenta⁸, la cultura otomana fue una cultura eminentemente manuscrita, carácter al que también habría que añadir la importancia de la oralidad, esto último sobre todo en la enseñanza⁹, pero también gracias al hecho de que entre los pueblos turcos hubo y pervive aún toda una gran tradición de literatura popular oral¹⁰.

⁶ Cfr. L. Bazin, *La vie intellectuelle et culturelle dans l'Empire Ottoman*, en R. Mantran (dir.), *Histoire de l'Empire Ottoman*, Paris, 1989, pp. 695-716.

⁷ O. Sapiencia, *Nuevo tratado de Turquía, con una descripción del sitio, y ciudad de Constantinopla, costumbres del Gran Turco, de su modo de gobierno, de su Palacio, Consejo, martirio de algunos Martyres, y de otras cosas notables*, Madrid, 1622; concretamente, véase el capítulo VIII, «Del modo de libros que usan los Turcos, y de sus escritores», f. 27. La frase «y así no usan los libros sino los manuscritos» con la que encabezamos este trabajo, está tomada de la misma obra. Sobre Sapiencia, cfr. J. Riandière La Roche, *Quevedo y el Gran Señor de los Turcos* cit., p. 47.

⁸ E. L. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change: Communication and transformations in Early-Modern Europe*, Cambridge, 1991, 2 vols; F. Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid, 1992; del mismo autor, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, 2001; A. Castillo Gómez, *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los Siglos de Oro*, Madrid, 2006.

⁹ Sobre la enseñanza superior en la civilización islámica de la época, Gert Schubring señala que «el rasgo esencial de esta enseñanza es su oralidad: los textos eran leídos, dictados e interpretados por los profesores, y la actividad estudiantil quedaba restringida a memorizarlos y dar prueba de la fidelidad de sus transcripciones dictadas», en G. Schubring, *Tendencias actuales en la investigación sobre la historia institucional de la ciencia y su aplicación a la cultura islámica*, «Llull», 19 (1996), p. 184.

¹⁰ Sobre cultura oral y escrita en el Imperio Otomano, véase el monográfico de «Revue du

El carácter manuscrito de la cultura letrada en el Imperio Otomano se puede apreciar a varios niveles. Primero, y como resulta evidente, en la copia a mano de libros. Los libros eran copiados, principalmente, por miembros de órdenes religiosas y también por otros escribanos particulares, que, según señalaba el autor del *Viaje de Turquía*, «ganan mucho, como allá no hay imprentas, a escribir libros»¹¹. También el militar y erudito de los Habsburgo, Luigi Fernando Marsigli, se pronunció sobre el particular estimando que en la Estambul del siglo XVII habría unos 90.000 copistas¹².

La copia de textos por parte de los miembros de las órdenes religiosas fue una actividad que continuaría, prácticamente, hasta finales del siglo XIX¹³. El ejemplo más famoso es el de los dervishes Meslevi en la ciudad de Konya, cuya biblioteca se ha conservado hasta nuestros días¹⁴. Asimismo, muchos eruditos donaban sus libros a la biblioteca de alguna fundación religiosa, una práctica que permitió la conservación de numerosos manuscritos; según la estimación del gran otomanista Halil İnalçık, esas bibliotecas aún conservan más de 200.000 manuscritos¹⁵.

A las bibliotecas de los conventos y fundaciones religiosas debemos sumar las colecciones pertenecientes al sultán, localizadas en varios edificios de su propiedad y que sólo eran accesibles a los miembros de la corte, así como las fundadas por visires: la de Ahmed Köprülü, gran visir entre los años 1661-1676, la establecida en 1734 por el gran visir Hekimoğlu Ali Pasha, o también la de Ragıp Pasha en torno a 1763¹⁶. Y, por supuesto, no hay que olvidar la existencia de todo un mercado de libros manuscritos que podían ser adquiridos en tiendas especializadas¹⁷.

En segundo lugar, esta cultura manuscrita puede apreciarse claramente en los numerosísimos documentos administrativos que generó el aparato estatal, haciendo palpable, como apunta İnalçık, que el Imperio Otomano era un auténtico estado burocrático¹⁸. En palabras del otomanista francés Gilles Veinstein, «l'Empire ottoman est ainsi le seul des États musulmans de l'histoire à avoir légué des archives véritables, massives et variées, comparables à celles des grands États occidentaux»¹⁹. A

monde musulman et de la Méditerranée», 75/76 (1996); en cuanto a la literatura oral, sigue siendo imprescindible la obra de A. Bombaci, *Histoire de la littérature turque*, Paris, 1968.

¹¹ *Viaje de Turquía* cit., p. 234.

¹² Citado por S. Faroqhi, *Subjects of the Sultan. Culture and daily life in the Ottoman Empire*, Londres/Nueva York, 2005, p. 96. Sobre Marsigli, véase J. Stoye, *Marsigli's Europe (1680-1730). The life and times of Luigi Fernando Marsigli, soldier and virtuoso*, Yale University Press, 1994.

¹³ S. Faroqhi, *Subjects of the Sultan* cit., p. 14.

¹⁴ Su catálogo se encuentra en tres gruesos volúmenes (cfr. A. Gölpınarlı, *Mevlana Müzesi Yazmalar Kataloğu*, Ankara, 1967, 3 vols.).

¹⁵ H. İnalçık, *The Ottoman Empire. The Classical Age, 1300-1600*, Londres, 2000, p. 174.

¹⁶ S. Faroqhi, *Subjects of the Sultan* cit., p. 74.

¹⁷ Ivi.

¹⁸ H. İnalçık, *The Ottoman Empire* cit., pp. 100-103.

¹⁹ G. Veinstein, *Leçon Inaugurale pour la Chaire d'Histoire Turque et Ottomane*, «Collège

finés del Quinientos, muchos secretarios de la Sublime Puerta podían al menos subsistir, aunque a duras penas, gracias precisamente a la labor de escribir peticiones y copiar manuscritos²⁰.

La práctica manuscrita exigía el dominio, por parte de los que se dedicaban a dicha tarea, de la caligrafía, considerada en el Imperio Otomano como una auténtica ciencia en la que tenían cabida el conocimiento tanto de las herramientas como de los diferentes estilos de escritura, siendo la calidad estética muy apreciada²¹. Fue precisamente este rasgo, el de la calidad y el acabado de la factura escrituraria, uno de los motivos por los que no pudo implantarse la imprenta en el Imperio Otomano hasta unas fechas muy tardías.

Por tanto, ausencia de libros impresos, que no carencia de cultura letrada. Y el porqué del rechazo durante tanto tiempo a la introducción de la imprenta es de lo que nos ocuparemos a continuación.

2. Las deficiencias de la cultura impresa

Si bien es verdad que, en comparación con el resto de países europeos, la imprenta aparece muy tardíamente en el Imperio Otomano, también hay que decir que fue en la Sublime Puerta en donde se introdujo mucho antes que en el resto de naciones y pueblos de religión mayoritariamente musulmana, en los que se iría implantando progresivamente sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en una etapa conocida como “Al-Nahda” o “renacer” del mundo árabe²².

Fueron varias las causas que pueden explicar la ausencia de imprenta en el Imperio Otomano²³. Primero, estaba la cuestión de la religión y la

de France», Paris, 2000, p. 8. Sobre los miles de documentos conservados en diferentes archivos turcos, cfr. S. Faroqhi, *Approaching Ottoman History. An introduction to the sources*, Cambridge, 1999.

²⁰ H. İnalcık, *The Ottoman Empire* cit., p. 102. Los registros de las tasas que gravaban la tierra y que fueron elaborados en el Quinientos, siguieron reproduciéndose a mano hasta finales del siglo XIX en caso de necesidad por litigio sobre la propiedad de alguna parcela (cfr. S. Faroqhi, *Subjects of the Sultan* cit., p. 264).

²¹ El enciclopedista otomano Taşköprülüzâde (1495-1561) dividía las ciencias en prácticas y teóricas, y entre las primeras incluía a las ciencias caligráficas (cfr. H. İnalcık, *The Ottoman Empire* cit., p. 165). Sobre caligrafía otomana, cfr. S. Ünver, *XVinci asırda kullandığımız filigranlı kağıtlar üzerine*, en *V. Türk Tarih Kongresi*, Ankara, 1960, pp. 338-391; S. Ünver, *XV. Yüzyılda Türkiye’de kağıtlar ve su damgaları*, «Belleten», 26 (1962), pp. 739-762; U. Derman, *Celi divanının tekamülüne dair*, en M. Küttüoğlu (ed.), *Tarih boyunca Paleografya ve Diplomatik Semineri*, Estambul, 1988, pp. 15-18.

²² G. Roper, *The Printing Press and Change in the Arab World*, en S. A. Baron, E. N. Lindquist, E. F. Shevlin (eds.), *Agent of change: print culture studies after Elizabeth L. Eisenstein*, University of Massachusetts Press, 2007, pp. 250-267. Para las fechas de introducción de la imprenta en varios países musulmanes, véase la entrada *Matba’a* en C. E. Bosworth, E. van Donzel, W. P. Heinrichs, Ch. Pellat (eds.), *The Encyclopaedia of Islam*, vol. VI, fascículos 111-112, Leiden, 1989, pp. 796 y ss.; para el caso concreto de la imprenta en Turquía, cfr. pp. 799-803.

²³ Para esto seguimos, en líneas generales, los trabajos de S. Faroqhi, *Subjects of the Sultan* cit., pp. 94-96, y O. Koloğlu, *The penetration and effects of the printing techniques on the muslim societies*, en E. Ihsanoğlu (ed.), *Transfer of Modern Science and Technology to the*

consideración del carácter sagrado de la lengua árabe. El Corán se había transmitido tradicionalmente mediante las copias manuscritas, y no era admisible que con los tipos impresos el texto estuviera sujeto a errores que se difundirían mucho y rápidamente. Es por ello que Busbecq, embajador imperial en Estambul entre los años 1554-1562, señalara que los otomanos consideraban pecado imprimir libros religiosos, subrayando así la sacralidad de lo escrito de forma manuscrita²⁴. Poco después, en 1588, por un decreto del sultán Murad III, se permitirá importar y poseer libros en lengua árabe publicados en Europa siempre y cuando no fueran de tema religioso. Y cuando en el primer tercio del Setecientos Mütferrika abra la imprenta con caracteres árabes, ninguno de los libros salidos de la misma será de carácter religioso, sino que se tratará de libros de historia, científicos o técnicos.

En segundo lugar, ese respeto por la tradición en materia religiosa tuvo igualmente su paralelo en un conservadurismo, a la vez religioso por parte de los “ulema” y también propiamente cultural, que rechazaba la innovación y las corrientes llegadas del exterior. De hecho, los libros impresos eran vistos como una invención cristiana y extranjera, totalmente ajena, por tanto, a la auténtica cultura otomana.

Durante las primeras décadas del siglo XVI, justo cuando en Europa se produce el desarrollo humanístico y científico, los otomanos tomaron una actitud de autosatisfacción y cerrazón a las influencias exteriores, adaptando tan sólo un número muy reducido de los descubrimientos hechos en el viejo continente y con un carácter meramente práctico, sin atender a los métodos empleados para ello. Según İnalcık, los otomanos estaban convencidos de la superioridad de su propia cultura, religión y política²⁵. Y en esta actitud de cerrazón, al considerarse la Sublime Puerta como la gran defensora de la ortodoxia sunni, también influyó el miedo a la expansión de ciertas herejías islámicas, en concreto el movimiento chií de los “kızılbaş”, seguido por algunas tribus nómadas de Anatolia y que era visto como una especie de “quinta columna” de la Persia de los Safávidas, de tendencia chií²⁶. En este sentido, y salvando las distancias, podría establecerse cierto paralelismo con la cerrazón producida en España durante el reinado de Felipe II ante el temor del “contagio” protestante. Porque, y como tendremos ocasión de comprobar después, la Sublime Puerta no sólo temía la propagación del chiísmo sino incluso de diferentes interpretaciones del cristianismo que, dado el número elevado

Muslim World, Estambul, 1992, pp. 239-250.

²⁴ Citado por H. İnalcık, *The Ottoman Empire* cit., p. 174. Las opiniones de Busbecq sobre los otomanos, en O. G. de Busbecq, *The turkish letters of Ogier Ghiselin de Busbecq, imperial ambassador at Constantinople 1554-1562*, Edward Seymour Forster (trad.), Oxford, 1968.

²⁵ H. İnalcık, *The Ottoman Empire* cit., p. 52.

²⁶ *Kızılbaş* significa literalmente *cabeza roja*, en alusión al tipo de tocado que llevaban los que profesaban esta corriente religiosa. Sobre los *kızılbaş*, cfr. I. Mélikoff, *Le problème kızılbaş*, «Turcica», VI (1975), pp. 49-67.

de súbditos que profesaban esta religión en el Imperio, podía conllevar un auténtico problema de política interna. En este sentido, la ausencia de imprenta establecía así también en cierta forma una especie de *cordon sanitaire*.

Habrà que esperar hasta el siglo XVIII, especialmente bajo el sultano de Ahmed III, entre los años 1703-1730 – periodo conocido como “Lale Devri”, “la época del tulipán”–, para que, por las cada vez mayores necesidades de reformas militares y políticas, el Imperio Otomano vuelva sus ojos hacia Europa²⁷. Será entonces cuando se empiecen a realizar de manera recurrente contactos diplomáticos con las diferentes naciones europeas, con la consiguiente, aunque relativa todavía, apertura a las corrientes culturales de Occidente. Y también será en ese contexto en el que se lleve a cabo la fundación de la primera imprenta con caracteres árabes, la ya citada de Mütferrika.

Un tercer factor que explica el rechazo de la cultura otomana a la imprenta era el factor estético. Como vimos antes, hay que subrayar la importancia que tenía la caligrafía en el Imperio Otomano, con la que se hacía una distinción personalizada de cada obra, a lo que habría que añadir la mayor calidad que, generalmente, tenían tanto el papel como la tinta empleadas en las obras manuscritas. Frente a esto, los otomanos contraponían las obras en árabe salidas de las imprentas europeas, observando, en primer lugar, que los caracteres árabes empleados en las mismas eran tipos y modelos del norte de África, carentes de atractivo para ellos, así como también la proliferación de errores en los textos impresos, en los que, a las tradicionales erratas, habría que sumar las deficiencias lingüísticas de los impresores respecto a la lengua árabe.

Por último, ya hemos señalado antes la enorme cantidad de copistas de libros que había en Estambul y, por extensión, en todas las grandes ciudades del Imperio Otomano aunque a una escala sin duda menor. Sobre la falta de imprenta, Sapiencia escribió lo siguiente: «ni el Gran Turco, ni su Consejo, quiso, diciendo que si aceptara el ofrecimiento, todos los escribanos de los dichos libros murieran de hambre»²⁸. De hecho, la primera imprenta de Mütferrika hubo de suspender su actividad a causa de algunas revueltas acaecidas precisamente por parte de los copistas de libros²⁹.

A todo esto, añadamos que para fundar una imprenta se tenían que importar máquinas y tipos de Europa, formar a empleados en el oficio, etc., lo cual resultaría bastante caro; y éste era un coste difícil de amortizar a medio y largo plazo debido a la falta de demanda, una demanda que

²⁷ B. Tüncel, *L'influence des 'Lumières' sur l'Empire Ottoman*, «Turcica», II (1970), pp. 165-177; S. Ayduz, *The role of translations in the Ottoman State*, «Akademik Arastirmalar Dergisi», 5-6 (2000), pp. 499-512.

²⁸ O. Sapiencia, *Nuevo tratado de Turquía* cit., fol. 27.

²⁹ G. Schubring, *Tendencias actuales en la investigación* cit., p. 187.

sería prácticamente inexistente a juzgar por todos los factores en contra que acabamos de enumerar antes. Por tanto, el instalar una imprenta no parecía *a priori* un negocio muy rentable en el Imperio Otomano.

3. Algunas iniciativas impresoras en Estambul

A fines del siglo XV, los judíos sefardíes llegados a Estambul contaban ya con una imprenta propia. Parece que el primer libro impreso por dicha comunidad tiene fecha de diciembre de 1493, y fueron David y Samuel Nahmias los encargados de llevarlo a cabo³⁰. Y a mediados del Quinientos, según el testimonio del francés Nicolas de Nicolay, estos sefardíes publicaban libros en diversas lenguas: griego, latín, italiano, español y, por supuesto, hebreo³¹.

También la comunidad armenia tuvo su imprenta, establecida por el sacerdote ortodoxo Apkar Tibir, originario de la ciudad anatolia de Tokat. Enviado a una misión a Roma, visitó Venecia, en donde aprendió el arte de imprimir, publicando ya en 1565 en la ciudad del Véneto algunas obras en armenio. Asentado en la capital otomana, su imprenta publicaría un total de seis libros en dicha lengua³².

Y, por supuesto, no podía faltar aquí la numerosísima población griega de la ciudad. El patriarca ortodoxo de Estambul, Cyrillos Lucaris – conocido como el “patriarca calvinista” –, sería el promotor de esta empresa, con ayuda del embajador inglés, Thomas Roe, y del impresor Nicodemos Metaxas³³. Este último se había graduado en Balliol College, Oxford, en 1622, y había comenzado a imprimir en Inglaterra; fue allí en donde recibió la invitación del patriarca Cyrillos Lucaris para establecer una imprenta en Estambul. Los objetivos de Lucaris eran usar la imprenta contra la propaganda de los jesuitas de la capital otomana, educar a la comunidad cristiana ortodoxa y reformar su iglesia. Metaxas aceptó, y trajo consigo la propia máquina, los tipos griegos y los ejemplares que había impreso en Inglaterra, así como a dos impresores holandeses. Una vez en la capital otomana, estableció su imprenta cerca de las embajadas de Francia e Inglaterra.

Lucaris contaba, como acabamos de decir, con el apoyo del embajador

³⁰ C. E. Bosworth *et alii* (eds.), *The Encyclopaedia of Islam*, vol. VI cit., pp. 799-803; véase también M. Rozen, *A history of the jewish community in Istanbul. The formative years, 1453-1566*, Leiden, 2002. Aunque, como sabemos, sería la ciudad de Salónica el principal centro impresor de la comunidad sefardí durante prácticamente toda la Edad Moderna (cfr. M. Mazower, *Salonica, city of ghosts. Christians, muslims and jews, 1430-1950*, Londres, 2004).

³¹ A. Levy, *The Sephardim in the Ottoman Empire*, Princeton, 1992, p. 26. Nicolas de Nicolay publicó la obra *Les navigations, pérégrinations et voyages*, Amberes, 1576.

³² C. E. Bosworth *et alii* (eds.), *The Encyclopaedia of Islam*, vol. VI cit., p. 799.

³³ R. J. Roberts, *The Greek Press at Constantinople in 1627 and its Antecedents*, «The Library», 22 (1967), pp. 13-43; asimismo, E. Layton, *Nikodemos Metaxas, the first greek printer in Eastern World*, «Harvard Library Bulletin», 15 (1967), pp. 140-168; sobre Lucaris, cfr. G. A. Hadjiantoniou, *Protestant patriarch: the life of Cyril Lucaris (1572-1638)*, *Patriarch of Constantinople*, Richmond, 1961.

inglés, Thomas Roe – una buena relación que se tradujo en el regalo que hizo el patriarca griego al rey Carlos I de Inglaterra de un ejemplar manuscrito del *Codex Alexandrinus* –, así como con la amistad y complicidad del embajador holandés en la capital otomana, Cornelius Haga³⁴. Sin embargo, y a pesar de tener a su favor a tan importantes valedores, la experiencia no duró mucho, estando en funcionamiento tan sólo entre los años 1627-1628. Fue cerrada y destruida por las autoridades otomanas a instancias del embajador de Francia, sin duda influido por los jesuitas, debido a que se acusaba a Lucaris de propagar de esa forma ideas calvinistas³⁵. La Sublime Puerta temía las consecuencias políticas de que se expandiera el calvinismo en su propio territorio, en donde también había una numerosa población católica, y conviene no olvidar que por estas fechas nos encontramos en el contexto de la gran guerra europea por religión, la Guerra de los Treinta Años.

La propia embajada francesa, opuesta a la imprenta del patriarca ortodoxo en la capital otomana como acabamos de ver, sin embargo sí que también realizaría algunas tentativas en este sentido. Según Sapiencia, Savary de Brèves, durante su cargo de embajador francés en la Sublime Puerta entre los años 1591-1605, aprendió la lengua turca e incluso escribió varios libros en ella. A su vuelta a Francia, trajo consigo a algunos turcos para que le ayudaran a imprimir usando los caracteres en dicho idioma, y, una vez impresos, envió algunos ejemplares a Estambul «al embajador que había quedado en su lugar para que se vendiesen a los turcos, que esperaba haber de ser grata aquella novedad. Y habiendo ya hecho las diligencias con muchos turcos que vinieron a ver los dichos libros, no hubo quien quisiese comprar uno siquiera, por ser impresos de mano de cristianos, recelando siempre algún engaño»³⁶. En 1615, Brèves imprimiría en París el texto, en francés y en turco, de las Capitulaciones o acuerdo comercial firmado entre Enrique IV de Francia y el sultán Ahmed I³⁷.

Posteriormente, a fines del Setecientos, otro embajador francés, Choiseul-Gouffier, fundaría una nueva imprenta en la capital otomana, de la que sabemos que se llegaron a imprimir dos obras sobre temas militares y una gramática de lengua turca, esta última en francés³⁸.

Y parece que también la importante comunidad veneciana de Estambul llegó a realizar propuestas similares, ofreciéndose para enviar im-

³⁴ El importante papel que jugó el embajador holandés en Estambul, así como su estrecha relación con los moriscos asentados en la capital otomana, en M. A. Extremera Extremera, *Los moriscos en Estambul y Anatolia. Una aproximación a su estudio*, «Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos», 60 (2011), pp. 107-121.

³⁵ S. Faroqhi, *Subjects of the Sultan* cit., pp. 69-70 y 96. Posteriormente, en 1638, Lucaris moriría ahogado al ser arrojado al Bósforo por orden del sultán Murad IV.

³⁶ O. Sapiencia, *Nuevo tratado de Turquía* cit., fol. 27.

³⁷ C. E. Bosworth et alii (eds.), *The Encyclopaedia of Islam*, vol. VI cit., p. 799.

³⁸ Ivi, p. 799.

prentas e impresores a la capital otomana, aunque siempre tuvieron una negativa por respuesta.

En definitiva, las primeras imprentas establecidas en Estambul fueron las pertenecientes a las diferentes “millet” o comunidades religiosas no turcas: judíos, ortodoxos griegos, armenios, y católicos franceses y venecianos. No será hasta 1727 cuando Ibrahim Müteferrika abra la primera imprenta bajo la responsabilidad exclusiva de los otomanos y empleando la lengua turca con caracteres árabes.

4. La imprenta de Müteferrika

Ibrahim Müteferrika – 1674-1745 – era un húngaro, de familia posiblemente calvinista, capturado por los otomanos en 1692 y convertido posteriormente al Islam, aunque también se ha dicho que habría huido voluntariamente al Imperio Otomano tras ser perseguido por sus ideas religiosas³⁹. Su conocimiento de lenguas le permitió participar en las conversaciones mantenidas por la Sublime Puerta con Austria y Rusia en 1715, en la embajada enviada a Viena en 1716, la de 1737 a Polonia, y en las negociaciones para una actuación conjunta entre el Imperio Otomano y Suecia en contra de Rusia en 1743, haciendo de intérprete para los dos enviados suecos a Estambul. Asimismo, también desempeñó una importante labor como agente otomano junto al insurgente húngaro Francisco Rakozcy II – príncipe de los Estados Confederados del Reino de Hungría y también príncipe de Transilvania –, quien, tras el fracaso de su rebelión contra los Habsburgo, se estableció en 1717, junto a varios nobles y a una numerosa colonia húngara, en la ciudad turca de Tekirdağ, en donde residiría hasta su muerte en 1735.

Müteferrika, junto a Mehmed Said Efendi, el hijo del embajador Yirmisekiz Çelebi Mehmed Efendi⁴⁰ – acompañaría a su padre en una misión diplomática a Francia en 1720-1721, y él mismo dirigiría una segunda a París en 1740 –, serían los encargados de llevar a cabo la iniciativa. La autorización les fue concedida en 1726, con la prohibición expresa de publicar obras religiosas o jurídicas, de ahí la especialización de esta primera imprenta otomana en publicar libros científicos, históricos o técni-

³⁹ Para algunos datos biográficos sobre Müteferrika, cfr. A. Özkırmı, *Türk Edebiyatı Tarihi*, Estambul, 2004, tomo I, p. 704; también, L. Hopp, *Ibrahim Müteferrika (1674/75?-1746), fondateur de l'imprimerie turque*, «Acta Orientalia Academiae Scientiarum Hungaricae», XXIX(1) (1975), pp. 107-113.

⁴⁰ Yirmisekiz Çelebi Mehmed Efendi, jenizaro de alto rango – de ahí el apelativo de *yirmisekiz*, *veintiocho*, que era el número de su formación militar originaria – y convertido posteriormente en embajador otomano en Francia, publicaría una valiosa obra encuadrada dentro de la categoría de “libros de embajadores” – *sefaretname* –, en la que describe sus experiencias y su particular entusiasmo por el país gallo, un texto editado por Gilles Veinstein (cfr. Mehmed Efendi, *Le Paradis des infidèles. Un ambassadeur ottoman en France sous la Régence*, Paris, 1981).

cos⁴¹. Como dijimos antes, nos encontramos en un contexto de apertura y contactos con diferentes naciones europeas, en el periodo del sultán Ahmed III (1703-1730). Y es en este contexto en el que debe entenderse dicha iniciativa⁴².

El propio Mûteferrika reprodujo, en la primera y, posteriormente, en prácticamente la mitad de las obras salidas de su imprenta, una narración en donde contaba los pormenores del establecimiento de la misma, así como los motivos que tuvo para fundarla y los beneficios que, a su juicio, tenía la iniciativa de abrir una imprenta, proporcionando una lista con once puntos:⁴³

- La imprenta publicaría diccionarios, importantísimos para el imprescindible aprendizaje y conocimiento de la lengua árabe.
- Imprimir obras sería útil para confirmar a la gente en sus creencias religiosas, así como en los principios de moralidad y conciencia política.
- La copia manuscrita tenía el inconveniente de que, en ocasiones, los copistas cometían errores, unos errores que debían corregir los estudiosos de dichos textos; además, en los libros manuscritos, la más pequeña humedad podía afectar a la tinta y emborronar el texto, mientras que las obras impresas eran menos vulnerables en ese sentido.
- Con la imprenta se podría producir un número infinito de copias de un texto y con gran exactitud. Y, no menos importante, a un precio moderado, pudiendo ser adquirido tanto por ricos como por gente con menos recursos económicos.
- En los textos impresos podrían establecerse índices y tablas de contenidos: al principio, señalando los capítulos, secciones y número de página, para encontrarlos con facilidad en el texto; y al final, un índice temático ordenado alfabéticamente.
- El hecho de imprimir un gran número de cada ejemplar, permitiría una mayor distribución de los mismos en varias áreas del Imperio Otomano. De esta forma, y gracias a su relativamente bajo precio, se expandiría el conocimiento y se combatiría la ignorancia.
- Al distribuirse estos trabajos, se podían establecer bibliote-

⁴¹ L. Bazin, *La vie intellectuelle et culturelle dans l'Empire Ottoman* cit., p. 715.

⁴² W. Gdoura, *Le début de l'imprimerie arabe à Istanbul et en Syrie: Evolution de l'environnement culturel (1706-1787)*, Tûnez, 1985.

⁴³ M. van den Boogert, *The Sultan's answer to the Medici press? Ibrahim Mûteferrika's printing house in Istanbul*, en A. Hamilton, M. van den Boogert, B. Westerweel (eds.), *The Republic of Letters and the Levant*, Leiden-Boston, 2005, pp. 265-292; para la memoria de su imprenta en particular, cfr. pp. 273-275.

cas públicas en las provincias, penetrando así el conocimiento hasta en los lugares más recónditos del Imperio Otomano.

- Los soldados musulmanes se beneficiarían al leer sobre las glorias del pasado; por ello, la imprenta podría reproducir los hechos memorables de los sultanes del Imperio, con lo cual se mejoraría sin duda la moral de las tropas.

- En la Europa cristiana se habían impreso obras en árabe, pero con numerosos errores debido al desconocimiento de la lengua por parte de los impresores, así como usando los caracteres empleados por los musulmanes de África. Sin embargo, existía la posibilidad real de que los europeos mejoraran esto y establecieran imprentas en el Imperio, lo cual iría en contra de los intereses de los otomanos porque los beneficios económicos y el dinero saldrían de la Sublime Puerta. Era importante para los musulmanes, habiendo precedido a los infieles en todas las ciencias, no ser sobrepasados en el uso de sus diferentes lenguas – árabe, persa, turco – en un arte tan importante como el de la imprenta.

- En el pasado, muchos intelectuales pensaron en esta iniciativa, la de establecer una imprenta, y en lo necesario que resultaba, pero los que lo intentaron no tuvieron éxito, bien por el elevado coste o bien por la dificultad de disponer del material adecuado. Ahora, Allah había elegido al invencible e ilustre sultán para esta tarea.

- Desgraciadamente, había mucha ignorancia entre los musulmanes, y no sólo los del Imperio, sino también entre los beduinos, persas, tártaros, kurdos, uzbekos, yemeníes... La imprenta ayudaría a erradicar la ignorancia entre ellos, lo cual redundaría en la gloria del Imperio Otomano pues todos le estarían agradecidos al sultán y a la Sublime Puerta por una tal iniciativa.

En resumidas cuentas, expansión de la cultura y la ciencia y erradicación de la ignorancia entre los más desfavorecidos, beneficio para los musulmanes así como ensalzamiento del Imperio Otomano, y, en comparación con los libros manuscritos, mejor factura en el resultado final de las obras.

Relacionado con esto último, una cuestión que también menciona Mütferrika es, precisamente, la de la poca calidad estética de los tipos empleados por las imprentas europeas al publicar libros en árabe, debido a que usaban los pertenecientes al norte de África. Desde fines del siglo XVIII, varios estudiosos se pronunciaron sobre el particular para intentar dilucidar de dónde sacó Mütferrika los tipos con los que elaboró sus obras impresas. Se dijo que dichos tipos provenían de Francia, y también

hubo quien opinó que la imprenta fue montada por artesanos alemanes. Sin embargo, Giambattista Toderini, autor de la obra *Letteratura turchesca* (Venecia, 1787), señaló que uno de los intérpretes de la embajada de Said Mehmed Effendi a Francia le había asegurado personalmente en varias ocasiones que los tipos habían sido creados por el propio Müteferrika en Estambul. Y, añade Toderini, el orientalista Revczki examinó los tipos: dijo que los caracteres eran claramente diferentes a los producidos en Europa, y que se parecían mucho a los de las propias obras manuscritas turcas⁴⁴.

La imprenta pasó por diferentes etapas, la más importante de las cuales fue la primera, en la que se publicaron un total de diecisiete obras entre los años 1729-1742, en vida, por tanto, del propio Müteferrika⁴⁵. La mayoría de estas obras tuvo una tirada de quinientos ejemplares, aunque de las dos primeras se hicieron mil copias y de la tercera, la de Krusinsky, se imprimieron un total de mil doscientas. Serían las siguientes⁴⁶:

1) 1729, *Sihah-ı Cevheri* (o *Lugat-ı Vankulu*), traducción en dos volúmenes de un diccionario árabe-turco. En el prefacio, Müteferrika cuenta la historia del establecimiento de su imprenta, narración que, como dijimos antes, repetiría en prácticamente la mitad de los libros que publicó. De este libro se hizo una segunda edición con ocasión de la reapertura de su imprenta en 1756.

2) 1729, *Tuhfetül Kibar Fi Esfaril Bihar*, una obra de Katip Çelebi (Haci Halife), que es un compendio de las guerras marítimas de los otomanos, incluyéndose cinco mapas.

3) 1729, *Tarih-i Seyyah der Beyan-ı zuhur-u Ağvaniyan ve inhidam-ı bina-i devlet-i Şahan-ı Safaviyan*, traducción del latín al turco, por parte del propio Müteferrika, de la obra del jesuita Krusinsky, que trata sobre la dinastía Safávida, brindando una información muy importante sobre el gran rival del Imperio Otomano en las tierras orientales.

4) 1730, *Tarih-i Hind-i Garbi el müsemma bi Hadis-i Nev*, se trata de la primera obra escrita por un musulmán referente

⁴⁴ Ivi, p. 268.

⁴⁵ O. Sabev, *Ibrahim Müteferrika ya da ilk Osmanlı Matbaa Serüveni (1726-1746)*, Estambul, 2006.

⁴⁶ Una lista de las obras publicadas en esta primera serie, con una breve descripción de las mismas, puede encontrarse en W. J. Watson, *Ibrahim Müteferrika and turkish incunabula*, «Journal of the American Oriental Society», 88 (1968), pp. 435-441; M. Bozic, *Le fonds imprimé turc de la BN*, «Revue de la Bibliothèque Nationale», I (1981), pp. 8-16, 70-79; O. Ersoy, *Türkiye'ye Matbaanın Girişi ve İlk Basılan Eserler*, Ankara, 1959, pp. 38-45.

a América; de autor anónimo y redactada a mediados del Quinientos, en ella se expresa la esperanza de que América fuera conquistada por los Otomanos, a pesar del poco interés de estos por aquellas lejanas tierras; se da información sobre los descubrimientos y las conquistas españolas, describiendo la historia, la flora y fauna, los pueblos, aunque está plagada de errores y de grandes dosis de imaginación⁴⁷.

5) 1730, *Tarih-i Timur Gürgan*, una historia de Tamerlán, el gran azote de los turcos en los años de la fundación del Estado Otomano.

6) 1730, *Tarih-i Mısr-ı Kadim ve Mısr-ı Cedit*, una historia de Egipto hasta la derrota del sultanato mameluco por parte de los otomanos en 1517.

7) 1730, *Grammaire Turque*, una gramática turco-francés preparada por el jesuita Holderman para enseñar turco a los dragomanes y a los hombres de negocios franceses; fue un proyecto financiado por el marqués de Villeneuve, embajador francés en Estambul. Fue el primer libro publicado en la capital otomana usando el alfabeto latino.

8) 1730, *Gülşen-i Hulefa*, una historia de los califas y de la ciudad de Bagdad.

9) 1732, *Usulü'l Hikem fi Nizami'l Ümem*, de su propia autoría, fue traducido en 1769 al francés por el barón Reviczki con el título *Traité de la Tactique*. En él, Müteferrika expresa sus ideas sobre política, religión, sociedad, historia y ejército, con el propósito de reformar o modernizar, en cierta forma, el Estado Otomano; se trata de una descripción de los sistemas de gobierno y ejércitos europeos y en donde, en aras de la supervivencia del Imperio Otomano, defiende el uso del saber y la técnica occidentales.

10) 1732, *Füyuzat-ı Mıknatısiye*, una compilación hecha por el propio Müteferrika, basándose en fuentes europeas escritas en latín, sobre los últimos descubrimientos científicos en cuanto al magnetismo, el uso de la brújula y la determinación de la longitud y la latitud.

11) 1732, *Cihannüma*, el gran tratado geográfico de Katip Çelebi (1609-1657); además de sus propias observaciones, Çe-

⁴⁷ Sobre esta obra, cfr. T. D. Goodrich, *The Ottoman Turks and the New World: A study of Tarih-i Hind-i Girbi veya Hadis-i Nev*, Ankara, 1987.

lebi usó el *Atlas* de Mercator así como otras fuentes. En la edición publicada en su imprenta, Mütferrika añadió los últimos descubrimientos hechos y también una serie de figuras y mapas.

12) 1733, *Takvimü't Tevarih*, del mismo Katip Çelebi, obra organizada como un compendio cronológico con las fechas históricas más importantes, desde la creación del mundo hasta mediados del siglo XVII.

13) 1734, *Kitab-ı Tarih-i Naima*, famosa obra de Naima (1655-1716), historiador de la corte otomana, en donde describe los hechos acaecidos en la Sublime Puerta entre los años 1591-1659; fue traducida al inglés en la década de 1830 por Charles Fraser.

14) y 15), 1741, obras históricas que continuaban en donde Naima dejó la suya, y por parte de otros dos historiadores de la corte otomana: Küçükçelebizade y Raşid.

16) 1741, *Ahval-i Gazavat-ı der diyar-ı Bosna*, de Ömer Bosnavi, que describe las guerras otomanas con Austria entre los años 1736-1739, una obra confeccionada con narraciones de testigos que participaron en dichos acontecimientos. Sería traducida al inglés en 1830 por el anteriormente citado Charles Fraser, y publicada con el título *History of the war in Bosnia during the years 1737 to 1738 and 1739*.

17) 1742, *Lisanü'l Acem* (o *Ferhengi-i Suuri*), un diccionario turco-persa.

Además de su labor de impresor, traductor de obras – a la citada antes, escrita por Krusinsky, habría que añadir el *Atlas Coelestis* de Cellarius – e incluso de haber escrito él mismo algunos libros, Mütferrika también fue un geógrafo semi-profesional y elaboró y publicó mapas: uno sobre el mar de Mármara (1719-1720), otro sobre el Mar Negro (1724-1725), otro sobre Irán (1729-1730), y otro sobre Egipto (1730). Se sabe que, al menos, los dos últimos, fueron dibujados por el propio Mütferrika.

Tras su muerte, le sucedería al frente de la imprenta el que se cree que podría haber sido su yerno, el kadi Ibrahim, publicándose tan sólo una obra en 1756, la reedición de la primera obra salida de la imprenta de Mütferrika, el diccionario árabe-turco *Sihah-ı Cevheri*, o *Lugat-ı Vankulu*. La imprenta fue cerrada entonces, para, tras varias tentativas de reapertura – hay que destacar, en este sentido, el intento en 1779 del secretario de la embajada inglesa, James Mario Matra⁴⁸–, volver a abrirse

⁴⁸ Cfr. R. Clogg, *An attempt to revive turkish printing in Istanbul in 1779*, «International Journal of Middle East Studies», 10 (1979), pp. 6-70.

en 1784 gracias a la iniciativa de dos secretarios de la Sublime Puerta, Vasif y Mehmed Rashid⁴⁹. Durante esta etapa, que duraría hasta 1795, salieron a la luz un total de seis obras, entre las que destacan especialmente tres tratados militares del francés Vauban.

Finalmente, en 1795, la imprenta sería instalada en la Escuela Imperial de Ingenieros (Mühendishane), para, en 1803, trasladarse al barrio de Üsküdar, en la parte anatolia de Estambul, aunque vinculada aún a la Escuela. Se imprimieron entonces tratados militares, libros técnicos para uso de los estudiantes de la Escuela, e incluso, contra la prohibición expresa vigente durante varios siglos, libros religiosos como *Risale-i Birgivi*, un catecismo popular. Sin embargo, todas estas últimas obras no gozarían del, aunque siempre relativo, éxito comercial que tuvieron las salidas de la originaria imprenta de Mütferrika⁵⁰.

5. Conclusión

La iniciativa del impresor húngaro, como sabemos, no supondría una tal ruptura con el pasado como sí que ocurrió con la introducción de la imprenta en la Europa de los comienzos de la modernidad. Habría que esperar hasta la segunda mitad del siglo XIX, como dijimos antes, para que el uso de la imprenta empezara realmente a cambiar de manera progresiva ciertos hábitos y actitudes en la cultura y los intelectuales del Imperio otomano y, por extensión, de todo el mundo musulmán, así como a difundir el conocimiento entre una más amplia parte de dicha sociedad⁵¹.

La civilización otomana fue una civilización que, con una cultura basada en lo manuscrito y en la oralidad, alcanzó un grado de desarrollo y articulación política verdaderamente envidiables, de manera no muy diferente a la conseguida – aunque, sin duda, a una escala menor – por otros imperios orientales contemporáneos como el de los Safávidas en Irán y el Imperio Mogol de la India. De esta forma, si bien para construir y posteriormente hundir un imperio a los otomanos no les hizo falta imitar a las potencias europeas – a pesar de las semejanzas y del evidente paralelismo cronológico que se puede establecer entre el Imperio Otomano y la Monarquía Hispánica en cuanto a síntomas de decadencia, primero, y de auténtica crisis durante el siglo XVII⁵²–, sin embargo sí que

⁴⁹ W. Gdoura, *Le début de l'imprimerie* cit., pp. 236-237.

⁵⁰ Sobre la última etapa de la imprenta de Mütferrika, cfr. K. Beydilli, *Türk Bilim ve Matbaacılık Tarihinde Mühendishane, Mühendishane Matbaası ve Kütüphanesi (1776-1826)*, Estambul, 1995.

⁵¹ K. Kreiser, *The Beginnings of Printing in the Near and Middle East: Jews, Christians and Muslims*, Wiesbaden, 2001. Con todo, hay que señalar que, a pesar de la introducción de la imprenta, el conocimiento científico a través de la publicación de libros en Europa siguió estando limitado evidentemente a tan sólo unos pocos, no así en todo lo relativo a los panfletos y a la literatura de cordel, de mayor consumo entre la población.

⁵² Partiendo de la originaria idea de Leopold von Ranke, cualquier estudio sobre la comparación y relación entre ambos imperios debería prestar siempre una especial atención

para salvar el Imperio resultaba del todo necesario prestar atención a Europa; esto último fue lo que pudieron vislumbrar Müteferrika y otros durante el Setecientos, y lo que también entenderían las élites intelectuales de las Tanzimat así como el grupo de los Jóvenes Otomanos, ya en el siglo XIX, estableciendo las bases de la posterior República de Turquía fundada por Atatürk en 1923.

a la obra de F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, 2001.